



Feminismo

LA OFENSIVA DE LAS AMERICANAS

EN EL CONGRESO DE HOUSTON, LAS DELEGADAS DE TODAS LAS RAZAS, TODAS LAS CLASES, TODAS LAS CONDICIONES Y GUSTOS HAN SACUDIDO DURAMENTE EL "PODER MASCULINO" EN LOS ESTADOS UNIDOS.

ELISABETH SCHEMLA

QUEDAN por convencer los hombres. Jimmy Carter, en primer lugar. Los miembros del Congreso, a continuación. Pero el hecho es que las feministas americanas han ganado ya para su causa a la mayoría de las norteamericanas. Esa era precisamente la apuesta, considerable, de la Conferencia Nacional de las Mujeres —de todas las mujeres— que se desarrolló a finales de año en Houston, capital del rico y conservador Estado de Texas.

Los Estados Generales de la revolución femenina duraron tres días. Tres días, para tres votos explosivos: a favor de una enmienda de la Constitución que reconociera la igualdad de derechos entre ambos sexos (actualmente la Constitución norteamericana reconoce el principio de igualdad entre los hombres sin especificar más); a favor de la libertad de aborto y su gratuidad; y por último, a favor de los derechos de las lesbianas. La importancia de este acontecimiento hizo que el semanario "Time" renunciara incluso a su habitual ponderación para equiparar la hazaña de las feministas a la primera travesía aérea del Atlántico: "El emblema de Houston —una paloma azul con el símbolo en blanco del sexo femenino— irá emparejado, en la leyenda, con la bandera estrellada que ondeará a bordo del "Spirit of Saint Louis" de Lindbergh...".

Es algo de lo que está convencido por lo demás todo el país, que ha sido testigo preocupado, irritado o feliz, pero en ningún caso diferente, de esas jornadas, todos los periódicos destacaron allí sus enviados especiales, las emisoras de radio y cadenas de televisión retransmitieron todos los debates: hecho nada habitual que permitió a las feministas hacer llegar su voz, por primera vez y simultáneamente, a todos los hogares americanos.

Fue un espectáculo capaz de

asombrar incluso a los espectadores más empachados de las grandes superproducciones. Primero se vio correr a la estrella del tenis, Billie Jean King, con sus pantalones cortos y su camisa de polo, portando una antorcha en la etapa final de una carrera de relevos femenina de tres mil doscientos kilómetros, que había comenzado dos meses antes en Seneca Falls. La carrera se organizó en recuerdo del puñado de sufragistas que, en 1948, organizaron en esa ciudad la primera conferencia femenina.

Luego, el "arco iris de mujeres" blancas, negras, indias, chicanas, asiáticas, puertorriqueñas e incluso esquimales de Alaska, unas catorce mil según los cálculos más modestos, que apenas cabían en el inmenso auditorio de Houston.

E imágenes sorprendentes: grupos de mujeres saludando delirantes el principio de la enmienda a la sacrosanta Constitución mientras que otras se postran en señal de duelo, en el momento de aprobarse el texto sobre el aborto; negras a punto de deshacerse en llanto; lesbianas que se besan en la boca con pasión; tres esposas de presidentes: Rosalyn Carter, Betty Ford y lady Bird Johnson, magníficas y pomposas, al lado de

las grandes del feminismo americano: Betty Friedan, Gloria Steinem, Kate Millet, Suzan B. Anthony. Todo ello en medio de un agitado mar de banderitas, de pañuelos y globos multicolores. En Houston, la población femenina estaba representada en su infinita diversidad. Homosexuales, heterosexuales, bisexuales. Feministas, naturalmente, y con una representación especial de la NOW (New Organization of Women), que, con sus sesenta y cinco mil afiliadas, es hoy por hoy el más importante movimiento de la mujer, pero también simples amas convencidas, "mujeres totales" —las seguidoras de Marabel Morgan, autora de un "best-seller", que propone recetas tales como platos picantes y ropa interior de seda crujiente para seducir diariamente a los maridos que vuelven cansados del trabajo— adversarias empedernidas del aborto. Ricos, pobres. Demócratas, republicanas, gente sin convicción política. Una imagen real, en suma, de la América femenina.

Así lo quiso Gerald Ford

Mil novecientos setenta y cinco, acuérdense ustedes fue el año de

la mujer. Un año que en muchos países terminó entre el desengaño y la indiferencia. En los Estados Unidos, por el contrario, las feministas han llevado a cabo tal trabajo de zapa de las instituciones y de la familia que Ford decide prolongar ese año simbólico a través de un debate nacional, financiado además por el Gobierno. Encarga a una comisión oficial la preparación de un congreso gigantesco "que haga el inventario de los obstáculos que impiden a la mujer participar plenamente y en igualdad de condiciones en todas las manifestaciones de la vida nacional y que proponga, al mismo tiempo, los medios de acción más oportunos para suprimir tales obstáculos". En 1976, la comisión de marras redactó un Plan Nacional de Acción, que será discutido luego en cada uno de los cincuenta y seis Estados de la Unión.

¿Intento de recuperación por parte de esa increíble máquina de digerir cualquier tipo de contestación que son los Estados Unidos? Es posible. Al conjunto de las feministas, sin embargo, la ocasión les viene pintiparada. A pesar de las advertencias de las "radicales", minoría muy politizada para la cual lucha de la mujer y lucha de clase van aparejadas, aquéllas no quie-



Negras, blancas, indias, chicanas, puertorriqueñas, asiáticas, unieron sus manos en Houston.



Coretta King, viuda de Martín Lutero; Rosalynn Carter, Betty Ford, lady Bird Johnson y su hija, estuvieron también presentes en los Estados Generales de la revolución feminista.

ren dejarse escapar la oportunidad. "Una decisión capital en la historia del movimiento feminista", decía una congresista de Houston. Porque Ford prevé igualmente la posibilidad de que acudan a las asambleas locales siempre que lo deseen todas las asociaciones feministas, reaccionarias, liberales... y feministas. Mejor aún: las delegadas que acudirán a Houston serán elegidas democráticamente en cada Estado. Un excelente medio, pues, para las feministas de contar sus efectivos e infiltrarse de modo casi imperceptible dentro del sistema americano. En 1977, un total de ciento treinta mil mujeres participaron en las discusiones. Se eligieron mil ochocientas cuarenta y dos delegadas. Quedaba el gran encuentro de Houston, que le ha costado al Gobierno cinco millones de dólares —unos cuatrocientos millones de pesetas—.

La victoria de las feministas no era cosa fácil. En los puntos esenciales, incluso resultó difícil. Pero ¡qué victorial! "Incluso para quienes no pertenecen a ninguna organización, ni se sienten concernidas por el movimiento de la mujer, algo ha cambiado en sus vidas después de ese encuentro. Aunque no se hayan dado cuenta", afirmaba Ruth Clusen, de Green Bay, en el Estado de Wisconsin.

Las feministas han convencido, según parece, al conjunto de las mujeres americanas de que deben rechazar en cualquier lugar y circunstancia los malos tratos. No es ésta ninguna conquista espectacular, pero sí sólida. Los artículos del Plan Nacional de Acción sobre las violaciones, las mujeres golpeadas por sus maridos, las desigualdades salariales, las vejaciones profesionales, el crédito, los seguros son votados sin problemas, incluso por las conservadoras.

En Houston, las feministas han

demostrado también que su movimiento ha conseguido agrupar a las minorías étnicas. La resolución sobre los derechos de esas minorías, reelaborada por las delegadas de color, fue votada casi por unanimidad. Muchas mujeres no cabían en sí de gozo: "Ya no nos podrán acusar de defender únicamente la causa de las blancas de clase media". Tal fue, efectivamente, el punto de partida en 1966 del movimiento de liberación, básicamente preocupado por aquel entonces de terminar con un cierto tipo de mujer: una mujer siempre con tirabuzones, infantilizada por los robots domésticos y los programas de televisión, propiedad mimada y particular del macho americano. Las negras de los "ghettos", por ejemplo, doblemente humilladas tenían la impresión, justificada, de que se trataba en realidad de una disputa entre privilegiadas de la sociedad norteamericana. Malos recuerdos...

El aborto en tela de juicio

Otro punto clave de la lucha de las mujeres, la adopción de la ERA (Equal Rights Amendment), enmienda sobre la igualdad de derechos. Pequeña frase que no parece tener ninguna importancia. "La igualdad de derechos ante la ley, no será negada ni limitada en el territorio de los Estados Unidos por razones de sexo". Pero que en Houston provocó casi un tumulto. Las oponentes a la enmienda, apasionadas y organizadas, no vacilaron en agitar ciertos espantajos para asustar a la América bienpensante de ojos azules y sonrisa dentífica. "Así se conseguirán legalizar los matrimonios homosexuales". Acabarán poniendo urinarios mixtos. "Si hemos entendido bien: las mujeres tendrán que hacer el servicio militar". La "filoso-

fa" de este contramovimiento, Phyllis Schlafly, de Illinois, añadía: "Las partidarias de la ERA quieren edificar una sociedad libertaria sin diferencias entre hombres y mujeres. No creo que los hijos necesiten dos padres sexualmente neutros, sino un padre y una madre.

Este tipo de argumentos encuentran ciertos ecos en los Estados Unidos. Prueba de ello es que en 1972, por ejemplo, el Congreso admitió el principio de la enmienda sobre la igualdad de derechos. Que han ratificado, desde entonces, treinta y cinco Estados. Ahora bien, para que se introduzca una enmienda en la Constitución es precisa la aprobación de treinta y ocho Estados. Hace sólo dos años, conseguir el acuerdo de tres Estados suplementarios no parecía tarea difícil. Hoy, la cosa no es tan segura. Incluso algunos de los Estados que adoptaron la ERA hablan de abandonarla debido a la presión de la opinión pública. "Era fundamental que las feministas consiguieran ese triunfo —explica una delegada—. La ley establece que si en 1979 no se ha conseguido ese umbral mínimo de los treinta y ocho Estados, habrá que renunciar definitivamente a la introducción de esa enmienda en la Constitución".

Ahora bien, la ERA es un notable instrumento puesto a disposición de las mujeres para obtener el abandono de cuantas leyes obsoletas siguen en vigor en determinados Estados de la Unión y para dar la batalla en el mundo del trabajo, donde las desigualdades de salarios y de promoción continúan siendo el pan de cada día.

Quedaba el aborto. También en relación con este tema, la oposición ha empleado a fondo todas sus baterías. Las paredes del auditorio han resonado de gritos delirantes: "Un llamamiento al homicidio", exclamaba una manifestante. "Pronto les tocará a los viejos", gritaba otra. "Se atacan los

ideales de la moral cristiana". Por la sala y aladaños circulaban fotografías gigantes mostrando fetos. La batalla es difícil para las feministas norteamericanas.

Por culpa de una reacción tan grave como inesperada. Para oponerse a la cual, han cerrado filas.

En 1973, el Tribunal Supremo de los Estados Unidos concedió a la mujer el derecho al aborto. Al no existir la Seguridad Social, era el propio Estado, a través de la Ayuda Médica Federal, el encargado de devolver los gastos de la operación a las mujeres sin recursos económicos. En junio del año pasado, ese mismo Tribunal Supremo —¿influido por Jimmy Carter, adversario del aborto?— declaraba que el Gobierno federal no estaba obligado por la Constitución a financiar las prácticas abortivas. Quince Estados suprimieron inmediatamente los reembolsos. Otros se disponen a seguir sus pasos. Según la ley, basta la aquiescencia de veinticinco Estados para que en los Estados Unidos se reconsiderase simplemente la libertad de aborto, hoy reconocida.

"¡Gracias, hermanas!"

Ciertas feministas no dudan en señalar que los americanos blancos sienten auténtico pánico frente a la demografía galopante y en especial a la de los negros. Y que tratan de imponer la esterilización a las minorías raciales, mientras que las blancas no tendrían recurso legal al aborto. Si tal fuese la realidad, acaso el deseo expresado en Houston de ver aumentada la ayuda a la infancia tenga sus efectos...

El reconocimiento de los derechos de las lesbianas es más problemático. En un principio, el tema no iba a ser abordado en el Congreso. Parte de las feministas norteamericanas, con Betty Friedan a la cabeza, se han negado a integrar este problema de la homosexualidad dentro de la lucha de la mujer. "Tememos asustar a la gente. Esa incorporación provocaría el rechazo. Y nuestra acción, en otros campos, se vería perjudicada". Es cierto que, en una sociedad moldeada por el puritanismo, como es la norteamericana, las homosexuales eran y son todavía objeto de una violenta represión tanto en su trabajo como en sus actividades públicas, sociales y familiares. Sin embargo, el fenómeno crece en importancia. Y a una mujer le preguntan si es lesbiana con la misma facilidad con que la gente podría interesarse por su sueldo. La resolución obtuvo, pese a todo, tantos votos como las restantes. "¡Gracias, hermanas!", gritaron las homosexuales nada más conocerse el resultado. "Hace cinco años esto no hubiera sido posible".

El Plan Nacional de Acción será sometido ahora a Jimmy Carter, el cual, dentro de un plazo de ciento veinte días, habrá de presentarlo a su vez al Congreso. Para su adopción definitiva, confían las feministas. ■ • "Le Nouvel Observateur" y TRIUNFO.